

RECUERDO

CUANDO bajábamos ya estaba allí, envuelto en su manta parduzca, mirando al sol y haciendo visajes.

Tenía apostura helénica—la de un ilota—descalzo de pie y pierna, sin otra vestimenta que la manta.

La gente le tenía miedo, porque decían que tenía muchos piojos y porque tenía la costumbre de cogerse la manta por dos puntas, abrir los brazos y sacudir un poco y volver a envolverse en aquel manto de la miseria y del silencio. Cuando hacía esto se divisaba su desnudez de Cristo amojamado.

No hablaba con nadie, ni tuvo nunca interés por oír ninguna conversación; pero cuando miraba al sol, gesto frecuente en él, meneaba dubitativamente la cabeza... y movía los labios.

Ni los oficiales, ni los guardianes del Palacio de Godoy sabían por qué estaba allí en la «Casa», ni cómo se llamaba... Yo averigüé que nadie le escribía; nadie le enviaba dinero, un paquetillo...

Soy muy curioso, y por curiosidad entré en contacto con él. Claro que si no hubiera sido por Pedro, el «Cabo de laves», íntimo amigo mío, alma bondadosa e ingénua, nunca hubiera podido acercarme a él.

«Al toma, todo el mundo acude» y el misterioso personaje comió de mis higos y viandas y aún se fumó algún que otro cigarrillo—siempre, claro está, pue yo se lo liase—.

Dormía en el abohardillado final de la escalera, directamente atacado de los fríos y calores de la azotea, de la que era separado por una puerta de rejado hierro.

Allí subíamos los de «cuota» o los «destinos» a ejercitar en lejanías nuestra cansada vista; a mirar—con el ensueño místico con que miramos los españoles las corrientes de agua—al abuelo Guadiana, manso siempre hasta en sus plenas crecidas... A echar los ojos ansiosamente por el Patio de Mujeres—también nos era vedado contemplar «pelo de mujer».

Durante la siesta solamente él andaba por el Pasillo—el ritmo lento de nuestra vida, la fruición con que nos agarrábamos con nuestros pobres sentidos a todo objeto real, dantescos condenados a vital abstemia, hacía que todo adquiriese valoración superior, denominación propia—, y yo, pues, debo advertir que era el «cartero».

No podía sospechar—aquella tarde lluviosa y negra, de invierno—que fuera él quien me chisteaba.

Volvíme; hizo señas para que me acercara; y...

Alargando una esquelética mano—negra de tan sucia—dióme una bellota.

Regalo el más cordial y sincero de los que se me han hecho.

FRANCISCO PITARQUE

MIEDOSA

—¿Pero quieres decirme qué te sucede ahora?

—¿No has oído pisadas muy cerca de la alcoba?

—Desecha tus temores es el viento que sopla y que mueve con fuerza en el jardín las hojas.

Siéntate aquí a mi lado y... no seas miedosa.

—¡Ay, esa sombra, madre!

—¡Pero hija, si es tu sombra!

Hasta de tí te asustas, ¡mira que serás tonta!

(Y beso dulcemente su frente candorosa).

—Debieras acostarte, que el sueño ya te ronda.

—Es que... ¡me dá más miedo ir a mi cuarto sola!..

Parece que me sigue detrás otra persona...

¡El pasillo es tan largo, tan oscuro a estas horas!..